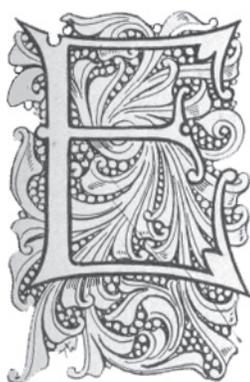


Textos breves sobre Yucatán*

José Martí



El Dr. Le Plongeon es un anciano activo y revoltoso, que se está haciendo notorio por la buena fortuna con que persigue y descubre ruinas de monumentos y estatuas de los mayas en Yucatán, y por el indiscreto lenguaje y exagerada ambición que acompañan a sus descubrimientos. Como cuatro años hace, descubrió, y quiso apropiarse, una colosal estatua de un personaje indio, que él llamó *Chac-Mool*, el "Rey Tigre"; una soberbia estatua, recostada sobre el dorso, con las piernas encogidas, con la cabeza alta y vuelta hacia el Oriente, y con las manos sobre el seno, sosteniendo un plato lleno de piedras preciosas, según se afirma —que las piedras no han aparecido, y de una sustancia

extraña, como polvo, que Le Plongeon supone que fuera sangre del mismo personaje en cuyo honor se erigió esta estatua, que es la pieza más completa y grande que se conoce de la escultura antigua mexicana. El descubridor quiso quedarse con el descubrimiento, y lo ocultó en los bosques; pero el gobierno, en virtud de la ley que prohíbe la extracción en país mexicano, de ningún tesoro histórico ni artístico de México, se apoderó de la valiosísima reliquia, que, luego de haber sido llevada en tiempo a la capital de Yucatán, fue transportada con gran ira de los yucatecos, que la querían para su museo particular, al Museo Nacional de México.

Mas Le Plongeon, a quien acompaña en sus exploraciones su esposa, joven, sabia y discreta dama inglesa, ha vuelto de las Islas de la costa mexicana donde andaba desenterrando

* Publicados en *Obras completas de José Martí*, 27 volúmenes, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.



templos y viviendo en cabañas de palma en el fondo de los bosques o a la orilla de los mares, a Uxmal, la ciudad magnífica de los mayas, cuyos contornos están llenos de maravillas de incalculable valía para la historia americana. Allí, excavando, ha encontrado un busto del dios Cay, con una inscripción en lengua maya, en la que se lee que el dios es Ix-Azal. Cerca del busto estaba un altar con signos cabalísticos. Otros muchos restos históricos ha hallado el intrépido norteamericano, que, a su juicio se asemejan mucho a las reliquias encontradas en Heliópolis y en Menfis. Le Plongeon cree haber hallado vestigios de palabras caldeas en la inscripción de una piedra que hoy figura en una logia masónica. Los indios, con los cuales está el doctor en riña permanente, y que creen una profanación digna de la muerte que se atente a los restos, propiedades y viviendas de sus mayores, le amenazan y le han atacado alguna vez; pero el doctor ha puesto en torno de los lugares en que excava, y de en los que guarda sus monumentos, minas de dinamita. Harto crédulos, sin embargo, son los indígenas. Le Plongeon mismo asegura que pudo inducirles a que le revelaran el lugar donde estaba enterrada la colosal estatua de Chac-Mool, merced a la semejanza que con su larga barba y perfil correcto tenía a un guerrero barbado esculpido en una de



las piedras de un monumento indio, cuya reaparición, como la de un profeta de quien había de venirles redención, aguardaban pacientemente los indígenas de las cercanías de esas dos grandes ciudades desaparecidas, Uxmal y Chichén.

—Se ha reimpresso en Nueva York uno de los dramas del afamado José Peón Contreras, que urde una fábula teatral y la desenvuelve en hermosos versos con rapidez y felicidad singulares. El drama que un amigo del autor ha republicado en la metrópoli mercantil de los Estados Unidos ganó aplausos en México, donde es hijo el autor, pero no es el más vigoroso de sus trabajos. En lo caballeresco y lo romántico se mueve el dramaturgo mexicano mejor que en lo real y estrecho de la vida. Su modestia, que la tiene grande, y la época en la que vive, le impiden elevarse a la tragedia, y su desconocimiento voluntario e invencible de la vida corriente le abstiene de descender a la comedia. Peor la crítica analítica, que ha logrado matar la tragedia, no ha podido ahogar el drama. Se niega la posibilidad de poseer en grado heroico cualidades eminentes, y, parte por presunción de que se ha penetrado en todo, parte por la convicción que el estudio histórico ha dado de que todo héroe ha sido flaco y falible como los hombres, ello es que ya no se consienten en el teatro acciones constantemente

sobrehumanas, desarrolladas por personajes maravillosos. Pero el clamor de la pasión, dos arrullos del galán, la timidez de la doncella, la bravura de los caballeros, el ansia de dar a la vida noble empleo y hermosas vestiduras, el drama, en suma, no ha podido ser desterrado de las tablas. Y ése es el drama de Peón; ésa es ser *Hija del rey*, al terminar la representación de la cual fue llevado en procesión de triunfo, entre clamores de victoria y luces de antorchas, a las puertas de su casa; así es su *Antón de Alaminos*; su *Hasta el cielo*; su *Gil González de Ávila*; su *Por el joyel del sombrero*; y casi todas sus obras, que son muchas. Peón es un joven médico; cuya modestia raya más alto que su extraordinario mérito. De concebir un drama a terminarlo, no emplea más tiempo que el necesario para darle forma en el papel. Calderón y el Duque de Rivas parecen haberle impresionado vivamente entre los autores españoles; pero su genio es directo, abundoso, exuberante, armónico. En sus dramas todo vive, ama, solloza, pelea. No son obras muertas, y no morirán. De ningún modo han de juzgarse sus talentos por la obra desmayada que se ha reimpresso en Nueva York, y que de fijo llegará a Caracas. Esa obrilla, que fue de encargo, y se llama *Impulsos del corazón*, no tiene ninguna de las condiciones que dan singular mérito a la obra del poeta.



—Oímos hablar de la lengua maya como de un documento antiguo de una civilización muerta, salvado del olvido en un libro de Diego de Landa y revivida por las investigaciones del abate Brasseur de Bourbourg, americanista famoso. Pero es de saber que la lengua maya se habla aún en toda su pureza en algunos lugares de la América Central y que quien viaja por la comarca de los chamacules, que es una tribu de hombres barbados que habita en las cercanías de la antigua ciudad de Tekal, oye aún, como si viviera en los tiempos de Chilam Balam, que fue una especie de Moisés yucateco, aquella lengua armoniosa en que se llama al corazón *puctizikal*, y a Dios se llama *Kahalyum*, señor verdadero, o *Oichkelemyum*, señor hermoso. Y aún viven, refugiados en la comarca del Petén, fronteriza entre México y Guatemala, y rodeada de altas montañas, de esas montañas que parecen, según Olegario Andrade, el gran poeta joven argentino,

*Gigantes de armadura de granito
Que parece que esperan de rodillas
El mandato de Dios, para lanzarse
A escalar la región del infinito;*

aún viven, en las orillas del lago del Petén, los descendientes de los itzaes, que fueron como los derviches, marabonts o brahmanes de

los antiguos yucatecos, y como los magos persas, sacerdotes dotados de gran virtud y ciencia. Allí observan aún los hábitos de su raza, y sus leyes y lengua, en la comarca que llaman los mexicanos *Tierra de Guerra*, que se extiende de tabasco a Chiapas y que riega el alegre Uxumacinta, cargado de flotantes frutos y gigantescos lirios. No eran ignoradas estas cosas, pero no se habían dicho aún tan seguramente como las dice el americano Le Plongeon, anciano atrevido que en compañía de su instruida esposa, joven inglesa, recorre las ruinas de Yucatán, trata con los indios, les habla en su lengua, vive en cabañas en los bosques y desentraña estatuas y reliquias en el fondo de la selva. Más se sabe ahora de los mayas, merced a las piedras que ha desenterrado, pinturas murales que ha descrito, y jeroglíficos que estudian Le Plongeon y su esposa, más diestra aún que el doctor en estos estudios —que lo que sabía por los tres únicos monumentos de los mayas que los americanistas recordaban en sus anales, y que son: el *Código de Dresde*, que está en la Librería Real de Dresde; el *Manuscrito mexicano número 2*, que guarda la Librería Imperial de París; y el *Manuscrito Troano*, que es de papel de maguey, que se llama así por los nombres del que fue su poseedor, y que hoy está en Madrid.¹



—Ha publicado en México el dramaturgo célebre José Peón Conteras, un libro de *Romances históricos*, que es un nidal de dramas. El mismo poeta anuncia que de cada uno de aquellos romances —que son tan bien hablados como los del Duque de Rivas, y más sueltos y brillantes, hará pronto un drama. *Los Romances* de Peón están llenos de capitanes gentiles, oidores severos, dueñas bribonas, galanes audaces, niñas encarceladas y monjas discretas.

Todo aquel México del siglo XVII, tan pintoresco y tan dramático, se pasea por el libro nuevo de Peón. Con breves pinceladas dibuja de cuerpo entero sus personajes. Las galas de la rima no entorpecen el desarrollo de la acción. Se ven las calles sombrías, los balcones ferrados, las iglesias húmedas, los canales misteriosos, y brillar de espadas y de ojos, y jugar del sol en los ramos de flores. El genio de Peón es una maravilla. Crea tipos como la selva ruidos, el sol rayos y arenas la playa. Adivina lo que no sabe. Los siglos pasados cruzan como vivos a sus ojos. Este grandísimo poeta, a quien hubo crítico celoso que aconsejó que quemase sus dramas, tiene tiempo para curar con sus recetas, porque es magno médico, y con sus rimas, porque es gallardísimo bardo. A vivir lo que Lope, no habrá escrito al fin de su vida no menos de lo que dejó escrito Lope.²



JOLBÓS**

Viniendo de Progreso a la Isla de Mujeres, se pasa muy cerca de Contoy. Jolbós es un pueblecillo de pescadores, mucho menos importante que la isla, frecuentado solamente por *cayucos* o canoas pequeñas, que allí hacen el comercio de tortugas y cazones. No vive el pueblo solamente de la pesca, hay también *milpas*, pobres haciendas y estos frutos y la pesca son vendidos por los habitantes en los pueblos de la costa, y principalmente en Progreso para Mérida. Consiste la riqueza de Jolbós, la mayor riqueza allí posible, en una milpa, una casa en el puentecillo y una o dos canoas. Así se reúne en una misma mano al productor, al consignatario y al comerciante.

Contoy es todavía mucho menos que Jolbós. Es un islote de una o dos leguas de extensión, habitado exclusivamente por gran cantidad de pájaros

diversos, que en enormes bandadas recorren por la costa; parecen en su carrera ondas negras desquiciadas. Ya son rabihorcados ligeros, ya buchones alcatraces, ya albas garzas, ya picudos zaramagullones.

La pesca en las orillas del Contoy es abundante; hay allí grandes tortugas, enormes chalupas, negras tintoreras.

A las veces, los marineros bajan a la costa, empuñan un palo, y tal es la abundancia de las compactas masas de aves, que a golpes matan y hieren centenares de ellas. Hienden también el aire del Contoy las blancas gaviotas, al par que alterna en los mares de alrededor con la picuda veloz la fresca cherna.

En tanto, deja su labrada huella en la playa arenosa la elegante zolla, caracol blanco y puntiagudo, de base espiral y dilatada trompa.

El islote está lleno de mangle.

** Holbox, pequeña isla en el hoy estado de Quintana Roo. Cuando fue escrito este texto todavía pertenecía a Yucatán.



ISLA DE MUJERES***

Crecen en su playa arenosa el rastro *hicaco*, el útil *chite*, una *uva gomosa*, fruta veraniega, semejante a la caleta cubana; y verdeando alegre y menudamente por el suelo, el quebrado *kutz-bósh*; que la gente pobre y enviciada usa a manera de tabaco. Tuestan la yerbecilla; y la envuelven a modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores; cuando les hostiga en la costa la necesidad de fumar.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna por los caracoles y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hacen en la arena finísima. La cruzan en todas las direcciones, formando caprichosos dibujos: buscan de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.

¡Qué baratas las casas! Seis pesos ha costado a Mr. Le Plongeon, ¡erudito americano, un poco hierólogo, un poco arqueólogo, locuaz y avaricioso, industrial de la ciencia, que la ha estudiado para hacer comercio de ella, seis pesos le ha costado ese bohío de chite en forma de óvalo. Delgados mangles lo sustentan y arena blanda lo tapiza; pencas enlazadas lo protegen de la lluvia, sin estorbar la entrada a la sabrosa brisa que viene de la costa, donde negrean recalando en las claras ensenadas las veloces y largas *lisetas*. Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado, como la tumba de Chateabriand —en un lugar solitario de la tierra, cercano a la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable; onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la

*** Perteneció también a Yucatán. Hoy forma parte del estado de Quintana Roo.



muerte urbana es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero. ¡Ay de las almas si no han podido presentarse a lo Eterno revestidas de igual blancura!

En aquellas clarísimas tierras deben oscurecerse más las manchas.

Por aquí llaman *villano* al que ha nacido en Valladolid, a bien que este Valladolid de México es villa.

Paseaba yo esta mañana con este raro hombre que sabe de memoria a Genti-Bernard, a Voltaire, a Boileau, a Ronsard, a Molière; que toca deliciosamente la ternísima música de Flotow; que viaja con un chaquetón y dos hamacas, con un diccionario de Bouchirt y dos títulos de médico; con una cara rugosa y una conversación amena, con los pies casi descalzos y el bolsillo totalmente aligerado de dineros. Cuando lo veo cubierto —no debo decir coronado— de canas; cuando me pregunto cómo esos pies desnudos han venido a ser cimiento errante y vagabundo de un alumno de la Universidad de Montpellier; cuando leo en la miseria y descuido de esta vida, y en esta vejez sin gloria y sin apoyo, un secreto culpable y doloroso, pienso que, puesto que ese hombre no es un emigrado político, debe ser un emigrado de sí mismo. A esa edad no se pasea la miseria por ignotas tierras; cuando se está contento de su pasado, se habla de él; cuando no se habla de él, es porque



su recuerdo pesa y avergüenza. ¡Ay! infeliz del viejo que no ha cumplido el precepto del árabe: este hombre no ha hecho un libro, no ha plantado un árbol, no ha creado un hijo. Ha visto, sin embargo, el cielo rojo del Egipto; ha recordado a Volney ante las ruinas elocuentes de otra edad; ha subido en Canarias a la meseta azufrada del Teide; refuló espantado en Orizaba ante el peligro grandioso del ferrocarril de Veracruz a México; ha pisado humildemente durante diez años la árida y destrozada tierra yucateca; hizo en Madrid la vida de estudiante de provincia, vio en Londres el centro nuevo de 1832; y hoy ha llegado, con dos reales fuertes españoles, un violín roto y dos libros mugrientos a esta tierra Chipre, bella y nueva, donde las chozas limpias se levantan a la sombra de los poblados cocoteros.

¡Oh! ¡También la vida tiene sus miserables presidiarios! Tal vez porque lleva el alma medio muerta, huyó esta mañana ese pobre hombre de aquel alegre, invitador, sonriente, cementerio. Temí ahondar las heridas del emigrado de sí mismo, y no pude pasear a mi sabor por el pueblo de diminutas casas blancas. Albo color, amor de mi vida.

En este pueblo de pescadores, trazado a cordel, sin una creencia que no vea una superstición, sin una aspiración, sin un respeto, los hombres emigran o hacen contrabandos; los marineros canarios, que azotan estos

mares en busca del carnudo mero, entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas, dotadas de afabilidad extrema, inteligencia natural y gran ternura. Apenas albean resplandecientes el holgado *huipil* y el *justán* blanco, y la saya y el rebozo han reemplazado en este pueblo mixto al traje primitivo. A bien que es de dudar si aquí lo hubo, porque, aunque esta tierra se llama de viejo Isla de Mujeres, es lo cierto que su población es nueva; y que fue bautizado el caserío con el nombre de Puebla de Dolores, tal vez en memoria del valeroso sacerdote que alzó enseña terrible ante el pueblo asombrado mexicano, y que sujetó a humano los misterios irracionales de las vírgenes. ¿A qué llamar al cielo los místicos en demanda de oraciones?

No han conocido a las mujeres de la tierra esos fantásticos pobladores de los cielos.

Aquí se pescan caguamas y tortugas que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva carey y trae maíz, y que de vez en cuando burla la vigilancia, siempre burlable, de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco en esta *cumbres*.

Los *criados*, que son a modo de esclavos, sujetos a sus *amos*, que así les llaman aún, por los caprichosos anticipos de que éstos les hacen larga cuenta, prestados sobre servicios



personales, van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; algún bohío de mangle, tienen sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí pescan pacientemente tres o cuatro meses; la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga.

Dicen que eso es vivir; y veo que viven.

En mí, el fuego de la impaciencia, lanzaría roto mi cráneo al mes de aquella vida sin cielo de alma; sin líos de mujer; sin trabajo, sin gloria y sin amor.

En tanto van trayendo cargamentos parciales a esta linda bahía, que si bien no da alcance a buques de mucho calado, ofrece a las embarcaciones menores muy seguro y muy cómodo abrigo.

Se compra aquí con *huevos*; se llama al aguardiente de caña, *habanero*, se hacen frecuentemente bailes con *poninas*, contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce.

Bailan muy muellemente, bien es que no de otra manera pueden expansionarse las naturales jovialidad y pasión de estas mujeres. Dicen que los carnavales son muy animados; no falta algún canario de bordada pantufla, calzón *amahonado* y camisa azul, que dando trancos por la arena, persiga al bullicioso tropel de mestizas, que más se ofrecen que esquivan, y

más ríen que huyen al que las alcanza para teñirles la mejilla de polvo de arroz de Nueva Orleans, o cascarilla meridana, o polvo de papa de Belice.

Ni falta tampoco, allá en la plaza, una familia de *Cozumel*, donde un viejecillo de camisa y calzón; de tez morena y acento hornado, que llama aún *blancos* a los españoles, y viste a su mujer de largo camisón de puntas de color, explica al viajero curioso cómo *Cozumel* se deriva de *Cuzamil*, que significa tierra de murciélago —porque *Cuzaín* es murciélago. Y si el viajero es avaricioso de noticias y pregunta por qué Catoche se llama Catoche, el mismo viejecillo, que acaba de ofrecerle asiento en una hamaca de henequén, le dirá tal vez que como los españoles preguntasen a los indios el nombre de aquella extraña tierra, éstos, confiados y benévolos, le dijeron:

Kox-otox, ven a mi casa: Ay! Y fueron! (*sic*)

En esa casa misma ¿por qué no se puede hacer amistad con airosas jóvenes, vestidas a más moderna usanza que su madre?

Tienen tendida en la espalda la negra cabellera, y si en la una centellean dos grandes ojos verdes sobre la viva tez morena, en la otra dos grandes ojos negros son realzados por su fragante color blanco y encendida rosa de sus mejillas. El seno les reluce; seno de Ceres y Pomona, del traje de traidora muselina; y la redon-

da juventud campea en los abiertos hombros y arrogante cuello, orlado atado por cadena larga de oro, que baja hasta la cintura delicada. Y son pobres mujeres tabaqueras. Ellos hablan del boniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camote; hablan de la naranja refrescante, del menudo plátano, de la variada *milpa*, que así llaman la hacienda cozumeleña; de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña, que todo esto, en abundancia y confusión pasmosa, produce la isla dócil.

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo

suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidad, sin empleo, la raquítica población amengua, y los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, emigran. La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.

De vez en cuando, cuéntase, sentado en taburetes de madera, o en incómodos sillones de ancho espaldar y corto y corvo asiento, a medias sofocados los oyentes por el olor del aceite de caguama, luz aquí de acomodados y de pobres; cuéntase cómo, frente a Cozumel, los indios, más que bárbaros, tímidos del trato rudo de los blancos, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de *Tulima* cuyas ruinas no ceden en importancia a las de Chichén Itzá y Uxmal.

En un bohío cercano el ama de la casa, en cuyo hipil resalta la labrada *tierra* roja sobre el lienzo blanco, señala un trozo de madera, donde, grabada en letras doradas, se lee un nombre inglés, que, suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa, y con asentamiento de la única indígena con canas que ven los curiosos en el pueblo, y con gran asombro de los pequeñuelos que revuelven con





los piecillos descalzos el suelo de arena, relátase allí *cómo naufragó un barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe dónde fueron*; y cómo, entristecida la familia de un vecino porque han llevado al hijo de la casa a ser soldado, han recibido noticia de que el bravo Ken, jefe de una tribu alzada, que es un tanto su tío o menos pariente, le promete librarlo de entre la turba de cartucheras y chacó.

Y como en comenzando a contar historias va llegando la madrugada sabrosamente y sin sentir *cata* que ya la luna está en lo alto del cielo, y brillan como plata las arenosas calles, y se oyó el mugir recio del mar un tanto airado, cuando, avisada la concurrencia por el sueño que se entra y el ruido que va de la alzada hora, desdobra la dueña del bohío la³ hamaca, tiempo que entra a solicitar alojamiento un indio de Jolbós, que viene con su cesta al hombro y su bolsa de maíz a la cintura, bolsa y maíz que despertan los apetitos de los chicuelos que resguardan del aire frío con sus rebozos, a la par que las mozas y mayores reparan en cierto isleño calavera, que sale, medio a hurtadillas de una casa que cierra su puerta con presteza, sin pensar que la malicia adivina tras la

madera la mano complaciente de alguna fácil *amadora* que no falta ciertamente por la Isla.

¡Oh! Las hijas sin padre, los padres que abandona, y los desventurados pueblos sin sentido moral, sin concepto de honradez y sin criterio.

Asoma luego el día, se abre la puerta de la casa, salta de la hamaca, sorprendido por el sol, el huésped retrasado, tiende la hotelera, grueso y⁴ limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, y a ella se acoda el huésped; que humea en ella una taza de chocolate, preparada a sus propios ojos con frescos y gruesos granos de cacao.

Luego del desayuno, examinando los bordados de hilos de colores que adornan el mantel, y cuando la revoltosa criatura que ayuda al ama en sus quehaceres, le trae para orear manos y labios ancha jícara con agua, queda el viajero sonriente, viendo cómo le dan para enjugarse un espacioso pañuelo, que expresa casi siempre un pensamiento amoroso, revelado a medias por inocentes jeroglíficos.

NOTAS

- 1 *La Opinión Nacional*, 13 de febrero de 1882.
- 2 *Op. cit.*, 29 de marzo de 1882.
- 3 Palabra inteligible.
- 4 *Idem.*

